



Más que una competencia tecnológica, presenciamos una reconfiguración del orden global

La irrupción de DeepSeek en el mercado global de la inteligencia artificial cimbró al sector tecnológico. En cuestión de horas, la plataforma china provocó una caída histórica en el valor de empresas estadounidenses como Nvidia. Más allá de sus efectos inmediatos, el acontecimiento nos obliga a replantear los términos de la competencia tecnológica global.

Es evidente que la batalla por la hegemonía mundial ha dejado de librarse en campos tradicionales del poder militar, económico o cultural para concentrarse, casi por completo, en el dominio de tecnologías emergentes.

Hace unos días se anunció el Proyecto Stargate: una iniciativa que ilustra el desvanecimiento de las fronteras entre el poder del Estado y el poder corporativo. Con una inversión de 500 mil millones de dólares, representa la apuesta más ambiciosa de EU por mantener la supremacía tecnológica mundial. El proyecto —liderado por SoftBank, OpenAI, Oracle y MGX— pretende establecer una red masiva de centros de datos para impulsar el desarrollo de modelos avanzados de IA.



IA: LA CARRERA DEL SIGLO XXI

CLAUDIA RUIZ MASSIEU
 DIPUTADA FEDERAL
 @RUIZMASSIEU

Sin embargo, la aparición de DeepSeek muestra que es posible desarrollar modelos comparables a las versiones estadounidenses más avanzadas con apenas una fracción de los recursos necesarios. De ser cierto, cuestionaría tanto la necesidad de grandes inversiones en infraestructura como la eficacia de las restricciones impuestas a China en los últimos años. El factor clave no sería la cantidad de recursos disponibles, sino las capacidades de innovación, eficiencia y adaptación.

Más que una competencia tecnológica, presenciamos una reconfiguración del orden global. A diferencia de la Guerra Fría —donde la carrera armamentista y espacial enfrentaban a dos sistemas ideológicos y sus gobiernos—, la actual batalla por el dominio tecnológico se desarrolla en un contexto más complejo.

En el siglo XXI, la línea que separa los intereses corporativos de los intereses nacionales es

cada vez más difusa. No es casual que los líderes tecnológicos de EU tuvieran lugar privilegiado en la toma de posesión de Trump, porque también tienen incidencia en la definición de sus políticas.

“Las empresas se han convertido en actores geopolíticos por derecho propio, mientras los gobiernos se han asociado con ellas”.

La guerra fría de nuestro tiempo no es ideológica, política o económica, es una competencia por el control del desarrollo tecnológico y su herramienta más poderosa: la IA. En ese escenario, las empresas se han convertido en actores geopolíticos por derecho propio, mientras los gobiernos se han asociado con ellas a

partir de intereses en común.

El Proyecto Stargate y DeepSeek son dos caras de la misma moneda: la batalla por liderar el desarrollo de la IA para definir su rumbo. Independientemente de quiénes protagonicen esa batalla, los Estados tienen el desafío y la responsabilidad de asegurar que ninguna herramienta tecnológica se convierta en un arma que pueda ser usada contra los derechos y las libertades de las personas.